

DEL SABER HA HECHO SU RAZÓN DE SER...

HOMENAJE A ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

TOMO I

Eduardo Matos Moctezuma y Ángela Ochoa

Coordinadores



Del saber ha hecho su razón de ser...
Homenaje a Alfredo López Austin

DEL SABER HA HECHO SU RAZÓN DE SER...
HOMENAJE A ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

Eduardo Matos Moctezuma y Ángela Ochoa
Coordinadores

TOMO I

SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

F1225.L67 / D4

Del saber ha hecho su razón de ser... : homenaje a Alfredo López Austin / coordinadores Eduardo Matos Moctezuma y Ángela Ochoa. – México : Secretaría de Cultura : Instituto Nacional de Antropología e Historia : Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2017.

2 v. (496; 408 p.) : il., fot. ; 19 x 28 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

Secretaría de Cultura

ISBN: 978-607-745-610-0 Obra completa

ISBN: 978-607-745-611-7 Tomo I

INAH

ISBN: 978-607-484-934-9 Obra completa

ISBN: 978-607-484-935-6 Tomo I

UNAM

ISBN: 978-607-02-8923-1 Obra completa

ISBN: 978-607-02-8924-8 Tomo I

1. López Austin, Alfredo – Homenaje. 2. Excavaciones (Arqueología) – México. 3. Mesoamérica – Vida social y costumbres. 4. Mesoamérica – Religión y mitología. 5. Manuscritos mexicanos. 6. Cosmovisión maya. I. Matos Moctezuma, Eduardo, coord. II. Ochoa, Ángela, coord. III. Secretaría de Cultura IV. Instituto Nacional de Antropología e Historia (México). V. Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Del saber ha hecho su razón de ser... Homenaje a Alfredo López Austin, I

Primera edición: 2017

Coedición: Secretaría de Cultura-Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas

Portada: Vasija, olla zoomorfa. Paquimé, periodo Posclásico. Arcilla modelada; pintura precocción guinda y negro sobre blanco; acabado superficial con engobe pulido. Colonia Lázaro Cárdenas, Janos, Chihuahua. Museo Nacional de Antropología-Sala Culturas del Norte, Secretaría de Cultura-INAH, 10-0079605

Diseño: Natalia Rojas Nieto

Corrección: Pilar Tapia

Investigación iconográfica: Alejandra Betancourt

D.R. © 2017, Secretaría de Cultura

Dirección General de Publicaciones

Avenida Paseo de la Reforma 175, colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx

ISBN: 978-607-745-610-0 Obra completa

ISBN: 978-607-745-611-7 Tomo I

D.R. © 2017, Instituto Nacional de Antropología e Historia

Córdoba 45, colonia Roma, C.P. 06700, Ciudad de México

sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

ISBN: 978-607-484-934-9 Obra completa

ISBN: 978-607-484-935-6 Tomo I

D.R. © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación de Humanidades

Instituto de Investigaciones Antropológicas

www.iiia.unam.mx

ISBN: 978-607-02-8923-1 Obra completa

ISBN: 978-607-02-8924-8 Tomo I

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Secretaría de Cultura-Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de esta edición.

Impreso y hecho en México

Índice

- 9 Presentación
Eduardo Matos Moctezuma

PRIMERA PARTE

- 15 Entre fronteras te veas. Homenaje a Alfredo López Austin
José María Calderón Rodríguez
- 31 Los mitos de Alfredo López Austin
Ruy Pérez Tamayo
- 39 An Unfinished Biography of a Big Idea: “Núcleo Duro”, Mircea Eliade,
Fernand Braudel, Alfredo López Austin
David Carrasco
- 57 La conciencia mítica y religiosa: Una aproximación cognitiva al modelo
lopezaustiniano de la cosmovisión mesoamericana
José Luis Díaz

SEGUNDA PARTE

- 79 Los vínculos entre historia y arqueología en el estudio de Mesoamérica
Eduardo Matos Moctezuma
- 105 Los Umbrales del Inframundo y de la Tierra. Una comparación entre
Mesoamérica y los Andes
Johanna Broda
- 129 El mar peruano y sus dioses
Luis Millones
- 141 Pasado y presente de un dios de lluvia y sol: Herejías en torno a Nanáhuatl
Leopoldo Trejo Barrientos

- 159 De ancestros, guerreros y reyes muertos. El simbolismo de la espátula rosada (*Platalea ajaja*) entre los antiguos nahuas
Guilhem Olivier y Leonardo López Luján
- 195 Ritos mexicas de sacralización y purificación
Yólotl González Torres
- 213 El Coateocalli, los dioses extranjeros y la apropiación de espacios sagrados por los mexicas-aztecas
Manuel Aguilar-Moreno
- 247 The Gods of Heaven and Earth: Evidence of Ancient Maya Categories of Deities
David Stuart
- 269 Pillars of the World: Cosmic Trees in Ancient Maya Thought
Karl Taube
- 303 La representación del soberano en el arte de Palenque del Clásico Tardío
¿Cuerpo y esencia de la persona?
Laura Filloy Nadal
- 327 Sueño y éxtasis en el mundo maya
Mercedes de la Garza
- 349 De cascabeles y mariposas: Símbolos mesoamericanos de muerte y renacimiento
María del Carmen Valverde Valdés y Arcadio Ojeda Capella
- 377 La domesticación del maíz. Cuatro ejes principales
Marco Buenrostro
- 389 “En el lugar de la hendidura se levanta el Árbol Florido”:
Reconstrucción de un mito maya desde una perspectiva mesoamericanista
Hugo García Capistrán y Rogelio Valencia Rivera
- 413 Nacimiento y muerte en la pintura mural prehispánica
María Teresa Uriarte
- 437 Un estudioso ilustrado del México antiguo: Don Antonio de León y Gama
José Rubén Romero Galván
- 449 Apuntes para una biografía de Alfredo Chavero
Josefina Mac Gregor
- 469 El descubrimiento del Viejo Mundo. Mexicas y otros grupos mesoamericanos en España (1493-1825)
Eric Taladoire
- 489 Siglas
- 491 Créditos iconográficos
- 495 Créditos institucionales

De ancestros, guerreros y reyes muertos

El simbolismo de la espátula rosada (*Platalea ajaja*)
entre los antiguos nahuas

GUILHEM OLIVIER*
LEONARDO LÓPEZ LUJÁN**

UN AVE EXTRAVAGANTE

Pocos animales del Nuevo Mundo exhiben un aspecto tan glamuroso y a la vez tan burlesco como la espátula rosada.¹ Esta ave, llamada *tlaubquéchol* en náhuatl —y recientemente rebautizada por los científicos como *Platalea ajaja* L. 1758—,² llama poderosamente la atención desde la lejanía por su espectacular plumaje rosáceo, tachonado con vistosas superficies rojas y anaranjadas (figura 1). Sin embargo —cuando uno se aproxima a ella—, más que su intenso colorido, lo que sorprende es su cabeza llena de arrugas y desprovista de plumas, así como su inusual pico alargado, plano y redondo que nos recuerda a un cucharón. Resulta interesante que ni la calvicie ni el plumaje llamativo se encuentran en los individuos de las otras cinco especies que integran el género *Platalea* (*P. leucorodia*, *P. regia*, *P. alba*, *P. minor* y *P. flavipes*), todas ellas originarias de zonas cálidas del Viejo Mundo y definidas por discretas plumas blanquecinas (figura 2). Este género —no está por demás señalarlo— pertenece a la familia de los tresquiornítidos (Threskiornithidae) y, a partir de la convención de 2010 de la American Ornithologists' Union, integra el orden de los Pelecaniformes.

Existe una abundante bibliografía acerca de la espátula rosada (*e.g.* Willughby, 1678: 289; Allen, 1942; Davis, 1972: 13; Hancock *et al.*, 1992: 275-281; Howell y Webb, 2005: 147-148; Peterson y Chalif, 2008: 32; Navarijo, 2012: 85-86), la cual nos informa con detalle de sus rasgos anatómicos y conductuales, así como de su hábitat y de su distribución geográfica. En edad adulta, esta ave se distingue por la rugosa piel verde amarillenta que cubre su cabeza, así como por una banda negra

*Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

**Museo del Templo Mayor, INAH/Institut d'Études Avancées de Paris.

¹ Otros nombres comunes en español de esta ave son ibis espátula, ibis espatulado, cucharón, cuchareta, garza espátula, garza colorada, damisela, coco, pico plano, pato rosado y ganso cucharón. En los estudios anglosajones su denominación más común es la de *roseate spoonbill*.

² Un estudio reciente de ADN mitocondrial (Chesser *et al.*, 2010) demostró que esta especie debe adscribirse al género *Platalea* y no formar uno aparte (*Ajaia*) como se acostumbró por mucho tiempo.



Figura 1. Espátula rosada o *tlaubquécbol* (*Platalea ajaja*).



Figura 2. Espátulas del mundo. De arriba hacia abajo: *Platalea leucorodia*, *P. minor*, *P. alba*, *P. regia*, *P. flavipes* y *P. ajaja* (Allen, 1942: fig. 2).

que se extiende desde los orificios auriculares hasta la nuca. Sus ojos tienen un rutilante iris rojizo y están rodeados de piel anaranjada, en tanto que su pico posee una tonalidad gris verdosa y está salpicado de pequeñas motas negras. Como ya lo mencionamos, el plumaje de la espátula rosada es mayoritariamente rosáceo, aunque con una gran mancha de color rojo sangre sobre los hombros. Las plumas del cuello y las de la parte superior de la espalda y el pecho son blancas; las de la cola son anaranjadas, y las de las zonas adyacentes al doblar de las alas son amarillas. Las piernas también poseen tintes rojizos o en ocasiones magentas, y los pies tienden a ser negruzcos. En franco contraste, las aves inmaduras sí tienen plumas en la cabeza, y se las identifica por su iris café o negro, su pico amarillento y su plumaje mayoritariamente blanquecino (figura 3).

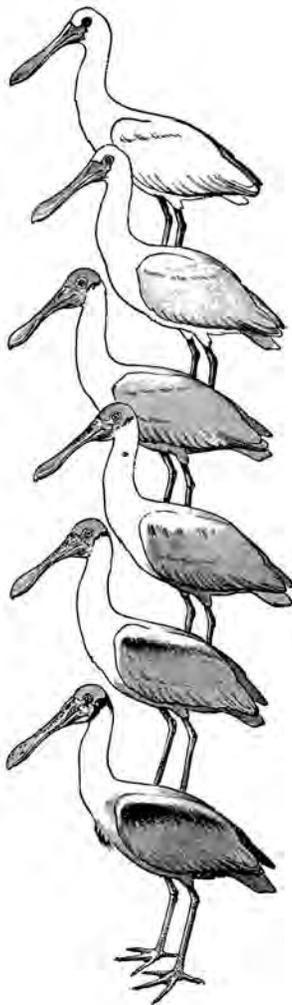


Figura 3. El plumaje de la espátula rosada a diferentes edades. De arriba hacia abajo: juvenil, primer posnatal; primer invierno, segundo posnatal; segundo invierno, tercer posnatal; transición; cuarto posnatal; adulto (Allen, 1942: fig. 41).



Figura 4. Distribución de la espátula rosada en el hemisferio occidental. Los triángulos marcan los lugares de reproducción y los círculos los sitios en los que se ha registrado su presencia (Allen, 1942: fig. 5).

Al llegar a la madurez, la espátula rosada alcanza una longitud de 75 a 80 cm, una envergadura de 120 a 133 cm y una masa corporal de 1.2 a 1.8 kg; es decir, al concluir su fase de crecimiento esta ave adquiere una talla mediana y una complexión más o menos robusta. En lo que respecta al dimorfismo sexual, los machos son mayores que las hembras en las dimensiones generales del cuerpo y en la longitud del pico, pero no muestran diferencias sensibles con ellas en cuanto al colorido de las plumas.

La espátula rosada es un ave gregaria cuyas parvadas proliferan en zonas húmedas y cálidas del continente americano. Siendo amante de las aguas someras —sean éstas dulces o salinas— se suele encontrar en marismas, manglares, estuarios, pantanos, lagos, lagunas y estanques. En tales ambientes practica sus hábitos vadeadores en busca de alimento: camina pausadamente, con la cabeza metida en el agua y columpiando el pico de un lado a otro en un movimiento semicircular. Así criba el cieno y, como resultado, captura a sus presas. Su dieta está compuesta —en orden de importancia— por peces, crustáceos, insectos, moluscos y anfibios vivos, aunque también se alimenta de algunas plantas acuáticas y de semillas. Es importante agregar que, al igual que en el caso del flamenco, las tonalidades rosáceas y rojizas de las plumas le vienen a la espátula rosada de esa dieta rica en crustáceos.³ Por ello, cuando se trastoca su alimentación en los zoológicos, el ave tiende a perder sus colores distintivos y, claro está, buena parte de su encanto.

Por fortuna, la espátula rosada no es un ave amenazada y mucho menos en peligro de extinción, pese a que en el siglo XIX las poblaciones de estas aves en Estados Unidos fueron diezgadas para producir con las plumas pomposos abanicos y sombreros para dama que —dato curioso— pronto se decoloraban por sí solas. A la espátula rosada se la encuentra en la actualidad en puntos que distan entre sí hasta 8000 km: desde los estados norteamericanos de Texas, Luisiana y Florida hasta el septentrión argentino (figura 4). Es fácil ver sus parvadas volando largos trayectos, siempre elegantes, con el cuello y las patas bien extendidos. Sus migraciones no están bien comprendidas aún, pero en muchos casos las realiza para aparearse en zonas más cálidas durante el invierno.

En el caso específico de México, la espátula rosada habita las zonas costeras de ambos océanos, del sur de Sonora a Chiapas y desde Tamaulipas hasta Quintana Roo. De acuerdo con los viejos registros de Robert Porter Allen (1942: 12), han sido avistados ejemplares de esta especie —y eventualmente colectados— en puntos costeros de la península de Baja California, Sonora, Sinaloa, Jalisco, Colima y Guerrero, así como de Tamaulipas, Veracruz y la península de Yucatán. Sin embargo, también se la ha visto tierra adentro, en sitios como La Barca en Jalisco y en la Laguna del Rodeo en Morelos; en este último caso a tan sólo 75 km en línea recta del centro histórico de la Ciudad de México.

³ Las plumas de la espátula rosada —que pasan del rojo en las puntas al rosa en la zona intermedia y el blanco en el cañón— obtienen su color de los pigmentos carotenoides (adonirrubina, astaxantina y cantaxantina) de sus alimentos, absorbidos éstos por la sustancia viscosa de la queratina (Allen, 1942: 52, 119; Korn, 2012: 97-99).

LOS SECRETOS DE SUS NOMBRES

Para abordar el antiguo simbolismo de la espátula rosada, es necesario empezar con algunas consideraciones sobre los términos nahuas *quecholli* y *tlaubquéchol*, cuyos significados no son del todo claros en las fuentes históricas de los siglos XVI y XVII. En efecto, si bien la etimología de estos nombres nos remite al movimiento de barrido del cuello que es característico de ciertas aves (Karttunen, 1983: 206), fray Alonso de Molina (1970: II, 88v) traduce *quechulli* como “paxaro de pluma rica”⁴ y fray Francisco de las Navas (1984: 228) lo hace más específicamente como “ave francolín”, por otro nombre, ‘flamenco’, que es una ave de plumas encarnadas y de hechura de garza, excepto que tiene el pico ancho como pato”. Notemos, empero, que en realidad el pico del flamenco no es “ancho como [el del] pato”, característica que sí observamos en la espátula rosada.

De manera interesante, Torquemada (1975-1983: III, 426-427) retoma la explicación de De las Navas y añade por cuenta propia lo siguiente:



Figura 5. Veintena de *quecholli*. Rueda calendárica de Boban (Veytia, 1994).

⁴ En la *Relación geográfica de Ocopetlayucan* (en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, 1986: 86) se dice que *quecholli* “en lengua castellana, es un pájaro verde galano”.



Figura 6. Veintena de *quecholli* (Serna, 1987: 324-325), dibujo de Rodolfo Ávila.

la cual ave tienen los naturales en grande estimación y precio, porque decían que era ave dedicada a los dioses, y así la llaman teoquechol; y otros, después que son cristianos, la llaman tlahquechol; tiene el pico ancho como el pato, y los pies ni más ni menos que ellos; los cuales suelen venir por este mes dicho [catorceno de *quecholli*] de lejas tierras, de aquella parte de la Florida, que es a la parte del norte.

A este respecto, cabe recordar que la palabra *quecholli* se empleaba también para designar una veintena del calendario anual de los nahuas,⁵ lo que dio lugar a distintas etimologías (figuras 5 y 6). Así por ejemplo, leemos en el *Calendario de Tovar* (1951: 32) que “El decimo tertio mes llamauan, quecholli, q es nombre Equiuoco que significa vn paxaro de pluma rrica, y tambien vna hasta de guerra q la figura q aqui esta pintada tiene en la mano”. Se otorga pues en esta última fuente un doble significado a la palabra: por un lado, la de pájaro de pluma rica —como en el diccionario de Molina— y, por el otro, la de un arma que en la ilustración se muestra como una lanza dotada de tres plumones. De manera análoga, fray Diego Durán (1995: II, 280) asegura que *quecholli* “quiere decir varas ó figas arrojadizas”, mientras que el intérprete del *Códice Magliabechiano* (1996: 41v) anota que a “esta fiesta llamauan los yndios quechule que quiere dezir saeta que por otro nombre llaman mitl”.⁶ Tal vínculo con las flechas es muy revelador, puesto que la fabricación de dichas armas ocupaba un lugar central en el desarrollo de la veintena de *quecholli* (Sahagún, 1950-1981: II, 134-136). Además encontramos en el mito de origen de la Guerra Sagrada la

⁵ En la mayoría de las fuentes esta veintena es conocida únicamente con el nombre de *quecholli*, a diferencia de otras veintenas que poseen varias denominaciones (Caso, 1967: 37). Los nombres en cakchiquel y en quiché de esta veintena aluden también a aves: *tziqim k'ib* o “día de pájaro” en la primera lengua y *tziqim gib* o “tiempo de pájaro” en la segunda (Caso, 1967: cuadro XI). A su vez, el nombre matlatzinca de la veintena es *in thebqaq* o *in thebqaqi*, relacionado por Caso (1967: 232) con la palabra *a thebaxi* que significa “garza”. El célebre arqueólogo rechaza la propuesta de Jacques Soustelle (1937: 529-530), quien identificó con *quecholli* la veintena llamada *ynthaxitobui* o “nube blanca” y la relacionó con Mixcóatl. Según Caso (1967: 232-233), se trataría aquí de la veintena equivalente a *titiitl*. De cualquier manera, recordemos que Mixcóatl era también celebrado en *titiitl* (Durán, 1995: II, 287).

⁶ Batalla (2002: 217) cita una entrada del *Códice Fiestas* (17r) —documento perteneciente al grupo del *Códice Tudela*—, en la cual se señala que “esta fiesta llaman Quechule que quiere decir saeta”.

referencia a flechas adornadas con las plumas que Tonátiuh entregó a los cuatrocientos Mimixcoa para que pudieran iniciar la conflagración y alimentarlo con la muerte y sacrificio de sus enemigos. En este pasaje de la *Leyenda de los Soles* (1992a: 92; 1992b: 150), se precisa cómo eran las flechas otorgadas en aquel momento por el Sol: “flechas preciosas despliegan plumas remeras de quetzal, despliegan plumas remeras de garza, despliegan plumas remeras de *zacuan*, despliegan plumas remeras de espátula rosada, despliegan plumas remeras de *tlaubquechol*, despliegan plumas remeras de *xiubtótotl*.”⁷

Siguiendo un poco más adelante, al revisar la poesía y los himnos religiosos nahuas, encontraremos alusiones a aves cuyos nombres incluyen precisamente la palabra *quechollí*. Sin embargo, según el parecer de Ángel María Garibay K. (en Sahagún, 1958: 161), sus reiteradas apariciones en estos textos probablemente “no se refieren a un ave específica, sino a toda ave de color de fuego, de rojo encendido como llama, de luz y de rosicler”.⁸ En efecto, encontramos en estos poemas e himnos al *quéchol*, el *teuquéchol*, el *xiubquéchol*, el *xopanquéchol*, el *quetzalquecholtótotl*, el *zacuanquéchol* y, ante todo, al *tlaubquéchol* (Garibay K., 1964-1968: *passim*; *Cantares mexicanos*, 1985: *passim*). En realidad, todo parece indicar que algunos de estos nombres corresponden a especies concretas de la naturaleza, otros remiten más bien a una nomenclatura poética y otros más designan a animales míticos como el *quetzalquecholtótotl* y el *zacuanquéchol*, cuyos nombres están compuestos por los de varias aves.⁹

Cualquiera que sea el caso, debemos hacer notar que ni en la larga lista de aves descritas por los informantes de Sahagún (1950-1981: XI, 19-56) ni en la recopilación del protomédico Francisco Hernández (1959), aparece el *quechollí*, sino otras aves cuyo nombre incluye esta palabra. Por ejemplo, en la primera fuente se describe al *tlaubquéchol*, el *xiubquéchol* y el *xioapalquéchol* (Sahagún, 1950-1981: XI, 20-21). Acerca de la primera ave —cuyo apelativo contiene la palabra *tláuitl* u “ocre rojo”—¹⁰ podemos leer lo siguiente:

Tlaubquechol: y [también] se llama *teuquechol*. Es habitante del agua como los patos, tiene los pies grandes, rojos: tiene el pico ancho, su pico [como] un hacha de cobre:¹¹ tiene copete. Su cabeza, su pecho, su vientre, su cola, sus alas, sus alas ramificadas [son] pálidos, rosados, blanquecinos, descoloridos. Su lomo y los codos de sus alas son colorados, muy “maduros”, rojo intenso: el pico se vuelve amarillo, el pico amarillea, el pico ancho, las patas se vuelven amarillas, muy amarillas, se vuelven rojas, pálidas, rosadas, se vuelven rojas, “maduras”.¹²

⁷ “...*tlāgomitl quetzalmamaçço aztamamaçço çaquannmamaçço teoquecholmamaçço tlaubquecholmamaçço xiubtotomamaçço*”. La traducción es nuestra.

⁸ Comparte esta opinión John Bierhorst (en *Cantares mexicanos*, 1985: 129). El investigador norteamericano precisa que la palabra *quéchol* en la poesía, más que referirse a una especie particular, sirve para designar a aves de gran belleza que connotan la calidad de músico y el paso hacia el más allá.

⁹ Otro ejemplo es el *aztaquechollí*, mencionado en un poema de los *Cantares Mexicanos* (en Sautron-Chompré, 2003: 70-71). Según Marie Sautron-Chompré, “Ninguna fuente menciona esta supuesta especie de pájaro. Se trata evidentemente de una creación poética”.

¹⁰ Molina (1970: II, 144v) traduce la palabra *tlaubquéchol* como “pluma rica y bermeja”.

¹¹ Sahagún (2000: 1002) traduce *mactepoztic* como “paleta de bodicario”.

¹² “*Tlaubquechol: yoan ivca teuquechol, atlan cbane, iuhqujn canaubtli, xopapatlactic, xochibiltic: tempatlaoac, mactepoztic in jten: quachichiqujle. In jtzontecan; yoan in jelpan, [fol. 21r] in jitipan, yoan in jcujtlapil, yoā in jibaz, in*



Figura 7. *Tlaubquébol* en el Totocalli de Motecuhzoma Xocoyotzin (Códice Florentino, 1979: libro VIII, 30v).



Figura 8. *Tlaubquébol* comiendo un pescado (Códice Florentino, 1979: libro XI, 20v).

Siguiendo a De las Navas (1984: 228) y a Torquemada (1975-1983: III, 426-427), algunos autores modernos han identificado erróneamente al *tlaubquébol* de las fuentes escritas con el flamenco (e.g. Caso, 1967: 37; Garibay K., en Sahagún, 1956: IV, 364). Otros, en cambio, atinadamente lo han relacionado con la espátula rosada (Martín del Campo, 1940: 388; Niederberger Betton, 1987: I, 126). En un sugerente análisis, Gabriel Espinosa Pineda (1996: 233-241) propone a este respecto que el flamenco y la espátula rosada han sido confundidos desde el siglo XVI debido a las similitudes existentes en el colorido de su plumaje y su cuello alargado.¹³ Espinosa Pineda (1996: 238) comenta que en tiempos prehispánicos existían flamencos en los lagos salados

jatlalpal: *iztaleoac, tlaztaleoaltic, iztalectic, pineoac*. In *jeujtlapan*: *yoan in jiacol, chichiltic, vel icucic, chilpatzcaltic: tencoçavia; tencoçtia, tempatlaoa, xocoçavia, xocôçavia: xochichilivi, iztaleoa: tlaztaleoalti, chichilivi, icuci*". La traducción es nuestra.

¹³ Reiteramos a este respecto que el nombre *tlaubquébol* alude etimológicamente tanto al color rojo como al característico movimiento de barrido del cuello.

de la Cuenca de México, pero que en algún momento determinado dejaron de llegar a la zona. Y concluye: “Cuando el flamenco era ya una especie lejana y exótica (acaso con raras y fantasmagóricas apariciones), habría quizás algunos recuerdos, pero mezclados con el nuevo *tlaubquechol*, *teoquechol* o simplemente *quecholli*: la espátula”.

A nuestro juicio, toda duda queda disipada al observar con detenimiento las dos imágenes que ilustran los textos referentes al *tlaubquéchol* en el *Códice Florentino* (1979: lib. VIII, 30v; lib. XI, 20v). Es evidente que ninguna de las dos representa al flamenco, sino a la espátula rosada con su característico pico en forma de cucharón (figuras 7 y 8).

LOS VESTIGIOS MATERIALES

Los vestigios materiales de espátula rosada que se remontan a tiempos prehispánicos son muy escasos. En lo que toca a obras culturales mesoamericanas atesoradas en museos y colecciones privadas de todo el mundo, son casos excepcionales el “*chimalli* del coyote emplumado” y el “penacho de Moctezuma” del Museum für Völkerkunde de Viena, en cuya elaboración se emplearon plumas de esta ave¹⁴ (Feest, 1990: 9, 14; Moreno y Korn, 2012: 67; Navarajo, 2012: 84-86). Algo similar sucede en los contextos arqueológicos: hasta donde tenemos conocimiento, los muy escasos hallazgos de esqueletos de espátula rosada se concentran en el corazón de la antigua isla de Tenochtitlan y son relativamente recientes, pues datan de finales del siglo xx y los primeros años del xxi. En efecto, en las primeras temporadas de exploraciones llevadas a cabo por el Proyecto Templo Mayor (PTM-INAH), se recuperaron huesos de muy diversas aves, incluyendo águila dorada, gavián, halcón, codorniz, garza, tucán real, papamoscas, cuervo y guajolote (Álvarez y Ocaña, 1991: 133-136; Polaco en López Luján, 2006: II, 119-122), pero nunca de espátula rosada. Fue sólo al comienzo de las excavaciones en el Mayorazgo de Nava Chávez —situado en el ángulo noroeste del cruce de las calles de Argentina y Guatemala— cuando aparecieron huesos de este bello animal, siempre en contextos de ofrenda y justo al pie de la pirámide principal de la capital mexicana (figura 9).

El primer descubrimiento de este tipo se realizó en 1994, exactamente en el número 38 de la calle de Guatemala, cuando la llamada Casa de las Ajaracas aún estaba en pie. El entonces Departamento del Distrito Federal llevaba a cabo trabajos de reestructuración y rehabilitación del inmueble, los cuales eran seguidos muy de cerca por los integrantes del Programa de Arqueología Urbana (PAU-INAH), supervisados en aquellos tiempos por Francisco Hinojosa. En la primera de siete calas practicadas se detectó la ofrenda 99, depósito ritual que contenía una espátula rosada. Dicha ofrenda fue explorada en los meses de febrero y marzo de ese año por Jacqueline Yesenia Carrillo y su equipo de colaboradores (Hinojosa *et al.*, 1994).¹⁵

¹⁴ Para el penacho de Moctezuma se utilizaron específicamente las plumas cobertoras secundarias del ala.

¹⁵ El equipo estaba compuesto por Blanca Moreno, Marco Antonio Cervera, Rosa Emilia Ánimas y Laura Valencia, y era asistido por las biólogas Norma Valentín y Aurora Montúfar.



Figura 9. Área de excavación arqueológica en el predio del Mayorazgo de Nava Chávez.

Tiempo después y tras varios esfuerzos infructuosos por parte de los ingenieros, el Gobierno del Distrito Federal tomó la determinación de demoler tanto la Casa de las Ajaracas como la Casa de las Campanas, y de construir en su lugar la nueva “Casa de Gobierno” de la ciudad. En el marco de tales obras y ya entrado el año 2000, Álvaro Barrera Rivera, nuevo supervisor del PAU-INAH, estuvo a cargo de los correspondientes trabajos de salvamento arqueológico. Sus colaboradores, encabezados por Raúl Barrera Rodríguez (2000a, 2000b, 2000c), exhumaron entonces otros dos esqueletos de espátula rosada: uno en el mes de febrero dentro de la ofrenda 101, y otro entre mayo y junio en la ofrenda 104.¹⁶

A partir de 2007, el predio en cuestión fue donado a la Federación y quedó a cargo del PAU-INAH, bajo la dirección de Leonardo López Luján. Desde entonces, se han recuperado ahí mismo cuatro ejemplares más de espátula rosada: dos en la ofrenda 120, excavada por el equipo de Amaranta Argüelles (2009, 2011-2012) entre junio de 2007 y noviembre de 2008;¹⁷ otro en la ofrenda 128, explorada por Alejandra Aguirre y Ximena Chávez (2011; Argüelles, 2011-2012) de abril a junio de 2009,¹⁸ y uno más en la riquísima ofrenda 141, trabajada por la propia Aguirre junto con Erika Robles (2013; Elizalde, 2013) entre febrero de 2011 y febrero de 2013.¹⁹

¹⁶ Estas ofrendas fueron excavadas por Raúl Barrera Rodríguez, Roberto Martínez, Alicia Islas y Norma Valentín.

¹⁷ Participaron en los trabajos de campo Osiris Quezada, Norma Valentín, Aurora Montúfar y Belem Zúñiga.

¹⁸ Las apoyaron Norma Valentín y Belem Zúñiga.

¹⁹ Fueron asistidas en campo por Margarita Mancilla, Belem Zúñiga y Norma Valentín.

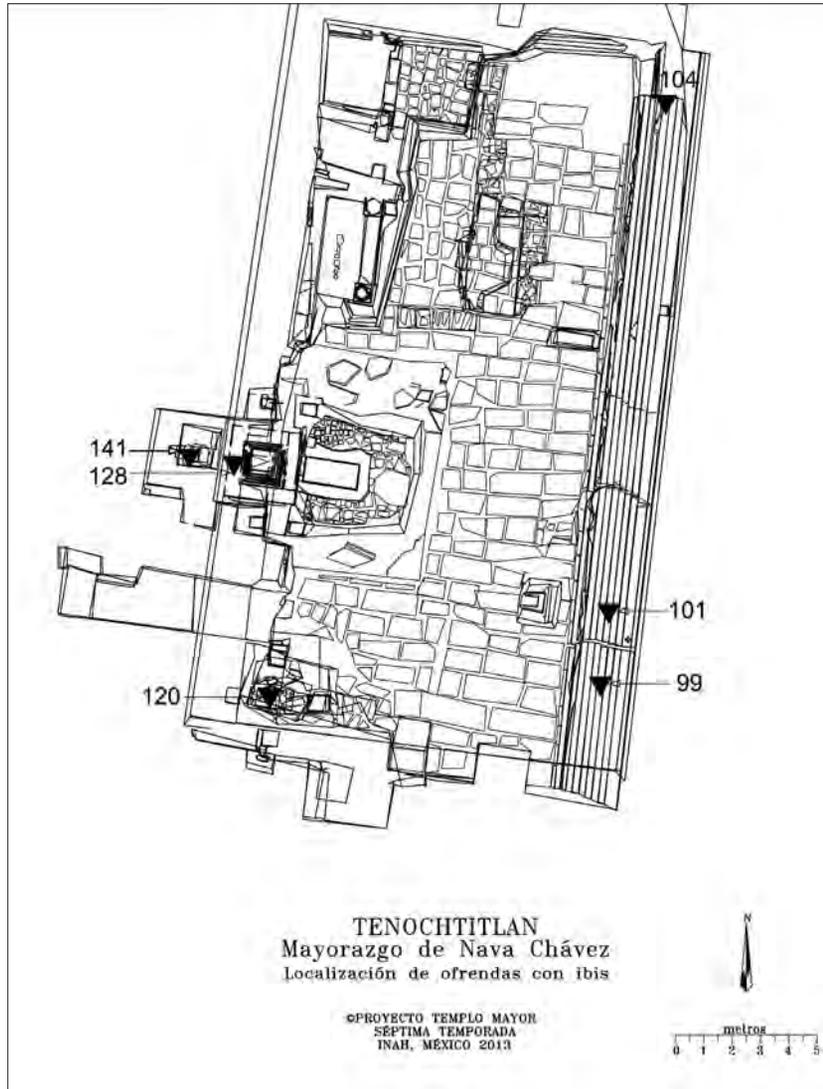


Figura 10. Localización de las ofrendas con restos de espátula rosada en el predio del Mayorazgo de Nava Chávez, dibujo de Michelle de Anda.

En resumen, el número de individuos recuperados hasta ahora se eleva a siete, contenidos en un total de seis depósitos rituales distintos (ofrendas 99, 101, 104, 120, 128 y 141) (figura 10). Un hecho especialmente significativo en este excepcional conjunto faunístico es que no todos los individuos se hallaron completos (figuras 11 y 12). Los biólogos del PAU fueron los primeros en percatarse de ello, al notar que —a diferencia del esqueleto de la ofrenda 101 que estaba casi íntegro— los de las ofrendas 99 y 104 solamente conservaban el cráneo y los huesos pertenecientes a las puntas de las alas y los extremos de las patas (Norma Valentín, comunicación personal, julio de 2013).



Figura 11. Esqueleto completo de espátula rosada, ofrenda 128.



Figura 12. Cráneo completo de espátula rosada, ofrenda 128.

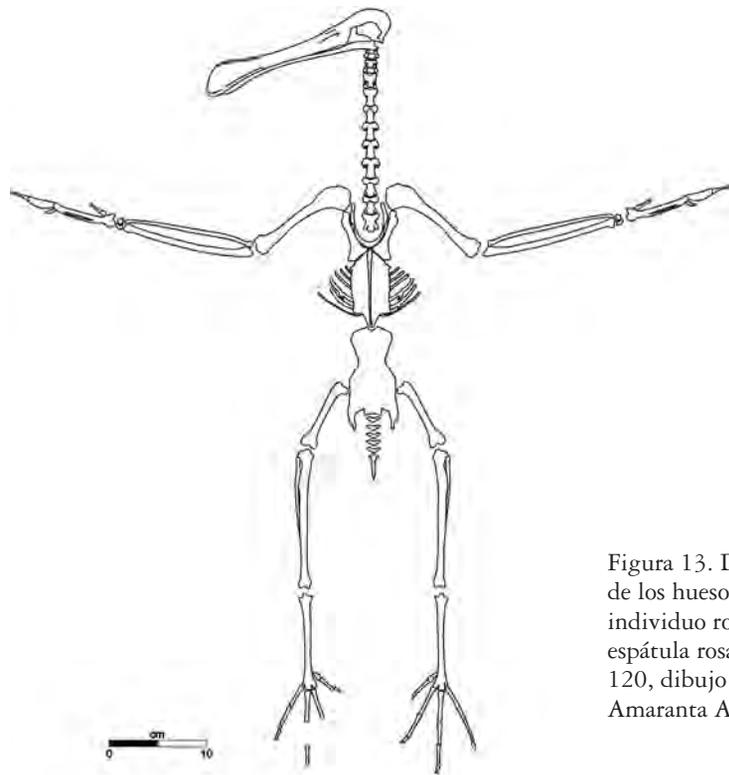


Figura 13. Diagrama de los huesos de un individuo robusto de espátula rosada, ofrenda 120, dibujo de Amaranta Argüelles.

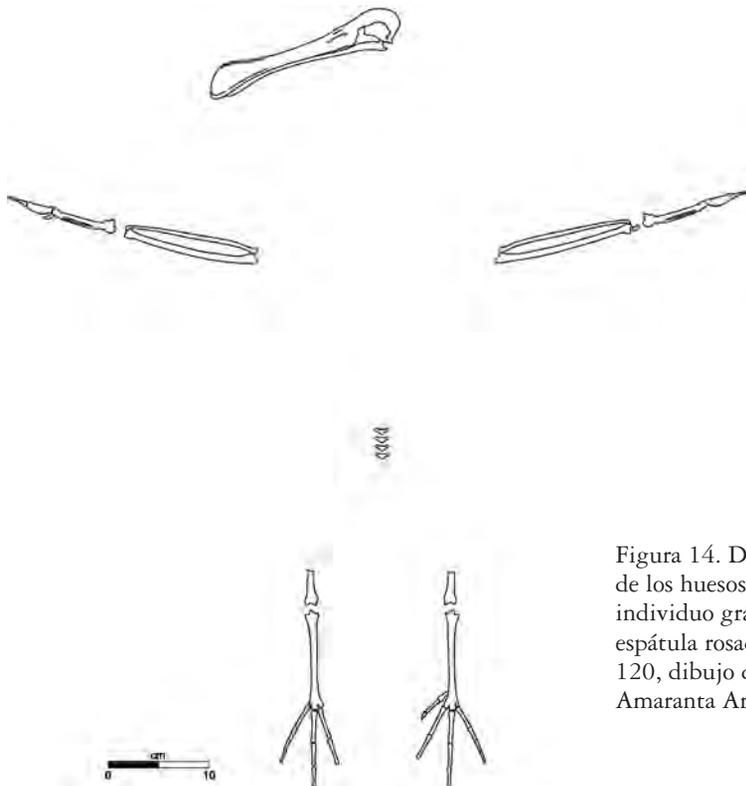


Figura 14. Diagrama de los huesos de un individuo grácil de espátula rosada, ofrenda 120, dibujo de Amaranta Argüelles.

Algo similar se observó tiempo después en los depósitos excavados por el PTM (Aguirre y Robles, 2013; Argüelles, 2009, 2011-2012; Elizalde, 2013). Comenzando nuestra descripción con la ofrenda 120, recordemos que en este depósito había dos espátulas rosadas: una robusta de huesos cortos y otra grácil de huesos alargados. El esqueleto de la primera únicamente carecía de dos falanges y tres garras (o falanges distales) de las patas (figura 13).²⁰ En franco contraste, el esqueleto de la segunda tenía faltantes ostensibles: los dos coracoides, las dos escápulas y la fúrcula de la cintura escapular; la quilla, la pelvis y toda la columna vertebral (salvo cuatro vértebras caudales); los dos húmeros, los dos carpos radiales, los dos carpos ulnares y tres falanges de las alas; así como los dos fémures, las dos fíbulas, una falange y siete garras de las patas (figura 14).

Por su parte, el esqueleto de la ofrenda 128 —al igual que el del individuo robusto de la 120— estaba prácticamente completo; sólo no logramos hallar el axis, el pigostilo, el carpo ulnar izquierdo y los dos carpos radiales (figura 15). Finalmente, la espátula rosada de la ofrenda 141 resultó ser el ejemplar más incompleto de los siete recuperados hasta la fecha, pues únicamente tenía 29 de sus huesos (figura 16). Con excepción del cráneo y su mandíbula, estaba ausente todo el esqueleto axial, como lo estaban también la cintura escapular y la pélvica. De las alas únicamente fueron identificados los huesos distales desde el carpo-metacarpo hasta la segunda falange,²¹ mientras que de las patas nada más se encontró la sección que va del tarso-metatarso a las falanges.²²

En conjunto, estas evidencias nos hacen presumir con bastante certeza que cuatro de las siete aves en cuestión fueron objeto de un tratamiento que, hasta cierto punto, podríamos calificar de “taxidérmico” (véase sobre este tema, López Luján, 2006: I, 222-223; Quezada Ramírez *et al.*, 2010; López Luján *et al.*, 2012). Suponemos que, con el claro objetivo de recuperar las pieles con su plumaje indemne, los mexicanos habrían retirado buena parte de los músculos, de los huesos y, lo que es muy importante, de los órganos internos.

En esa dirección apuntan otros indicios de taxidermia. Por ejemplo, el cráneo de la espátula rosada de la ofrenda 141 estaba cortado en la zona basal, posiblemente lo fue para extraer la masa encefálica. En ese mismo individuo se observaron, además, pequeñas perforaciones en las epífisis proximales del carpo-metacarpo del ala izquierda y del tarso-metatarso de la pata izquierda, practicadas tal vez para atar de ahí la piel y colgarla. Y, en el caso del individuo grácil de la ofrenda 120, los tibiotarsos estaban cortados transversalmente por desgaste y flexión a la altura del tercio distal. Sobre el particular, conviene reproducir aquí un pasaje de la *Segunda carta de relación* de Hernán Cortés (1994: 63), donde el conquistador cita la oferta en el mercado de Tlatelolco de este tipo de pieles, aunque pertenecientes a animales de presa:

²⁰ Estos huesos son muy pequeños y bien pudieron haberse perdido o desintegrado después del enterramiento del ave. Vale mencionar que las fíbulas de esta espátula rosada son irregulares, quizás producto de un crecimiento anormal.

²¹ De esta sección del ala izquierda no se halló la falange distal del dígito mayor ni el dígito menor.

²² A la extremidad inferior izquierda le faltan dos falanges.

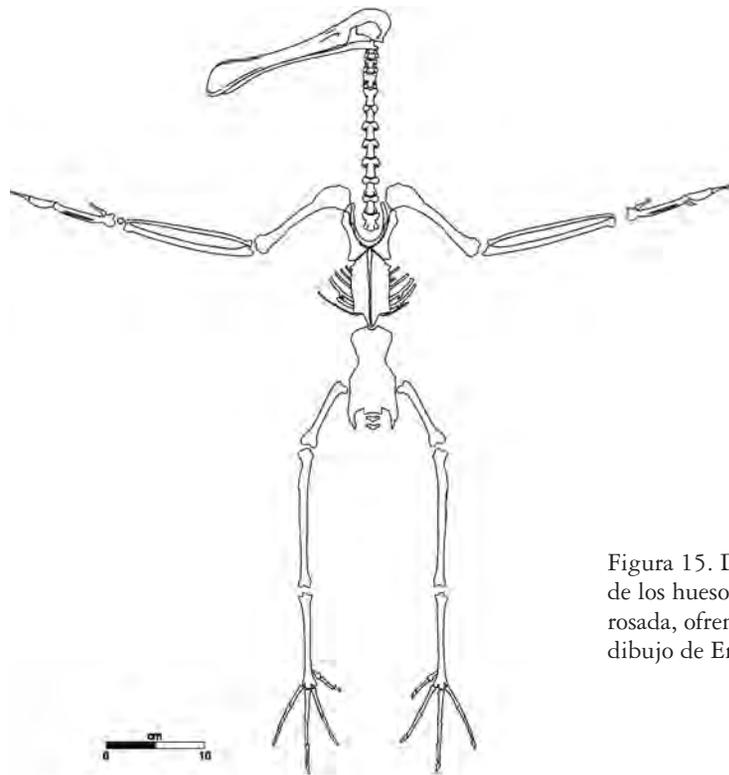


Figura 15. Diagrama de los huesos de espátula rosada, ofrenda 128, dibujo de Erika Robles.

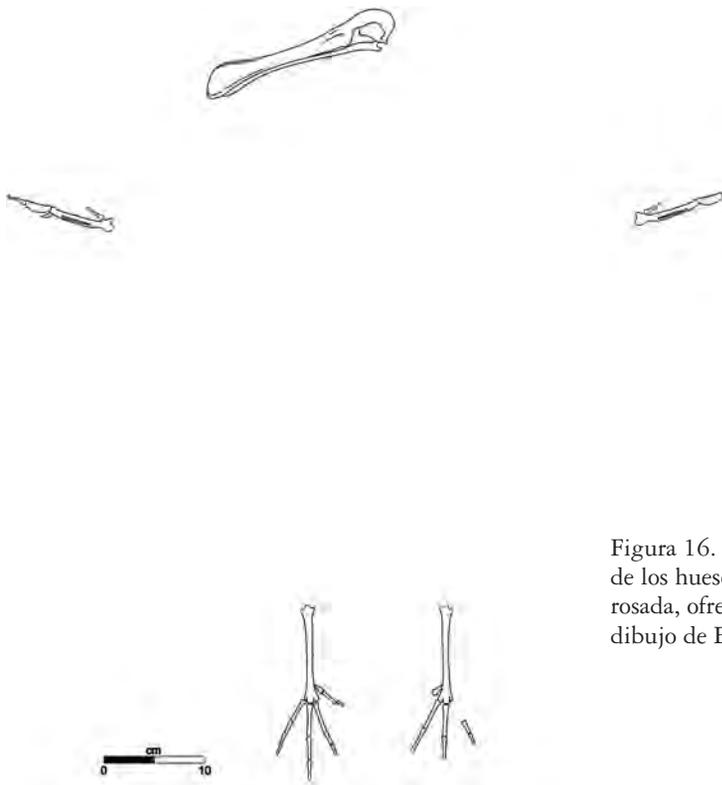


Figura 16. Diagrama de los huesos de espátula rosada, ofrenda 141, dibujo de Erika Robles.

Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas.

De igual manera, las fuentes del siglo XVI consignan la tributación periódica de pieles de ave a Tenochtitlan. Según el *Códice Mendoza* (1992: 47r), el Soconusco mandaba 160 pieles de *xiubtótotl*. Y, de acuerdo con Alvarado Tezozómoc (2001: 162, 242), Ahuilizapan, Cuetlaxtla, Tepeaca y Zempoala entregaban pieles de *tlauhquéchol*, *xiubtótotl*, *tzinizcan* y *zacuan*. Ya en la capital imperial, algunos de estos tributos eran regalados por el *tlatoani* a sus guerreros más valerosos, quienes las utilizaban “para poner terror y espanto en los enemigos” (Alvarado Tezozómoc, 2001: 158, 169 y 170). Las pieles servían asimismo como ofrenda funeraria para el cadáver del soberano (Alvarado Tezozómoc, 2001: 242) o para confeccionar bellos tronos; uno de ellos era el *ocelopélatl*, *cuappélatl*, formado por un asiento de piel de águila con respaldo de piel de jaguar (Sahagún, 2000: 233, 675).

A partir de lo anterior, podemos especular que las pieles y quizás también los individuos completos de espátula rosada encontrados recientemente en las ofrendas del Templo Mayor pudieron haber llegado a Tenochtitlan ya sea por los circuitos comerciales o bien por los circuitos tributarios habituales. Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad de que estos animales hayan sido traídos al recinto sagrado directamente del famoso Totocalli o “Casa de las Aves”. Como es bien sabido, ésta era una sala que formaba parte del complejo palaciego de Motecuhzoma Xocoyotzin. Allí, entre muchas otras especies, estaban enjauladas las espátulas rosadas, y allí en ese mismo lugar laboraban los plumajeros al servicio del soberano mexica (véase figura 7). Sahagún (2000: 762; cfr. Sahagún: 1950-1981, VIII, 45) nos dice al respecto:

Otra sala se llamaba totocalli, donde estaban unos mayordomos que guardaban todo género de aves, como águilas y otros paxarotes, que se llaman *Tlahquéchol* y *zacuan* y papagayos y *alome* y *coxoliti*. Y también en este lugar se juntaban todos los oficiales, como plateros y herreros y oficiales de plumajes y pintores y lapidarios que labran chalchihuites y entalladores.

En el Totocalli, los plumajeros obtenían las plumas sin necesidad de matar a los animales, tal como lo subraya Bernal Díaz del Castillo (1982: 186-188): “y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era conveniente, y tornaban a pelechar”. La magnitud de la producción era tal que se hacía necesaria una verdadera legión de servidores para la manutención de las aves de esta sala (Cortés, 1994: 67):

Había para tener cargo de estas aves trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían [...] y en cada una de estas casas había un ave de rapiña; comenzando de cernícalo hasta águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más raleas que allá no se han visto [...] Y a todas estas aves daban todos los días de comer gallinas, y no otro mantenimiento.

Pero dejemos hasta aquí los relatos históricos y volvamos a los contextos arqueológicos del Templo Mayor, ahora con el fin de indagar un poco acerca de los usos rituales de la espátula rosada. Para ello conviene revisar los seis depósitos que contenían este tipo de restos. Como vimos, el PAU-INAH exploró tres de estas ofrendas, las cuales son muy semejantes entre sí y fueron colocadas en el interior de cavidades practicadas en un relleno constructivo de la plaza, compuesto éste por piedras de tezontle, cal y arena. Por ejemplo, la ofrenda 99 ocupaba una superficie de 100 x 120 cm (Hinojosa *et al.*, 1994). El sacerdote que hizo esta oblación colocó primeramente una cama de arena marina con pigmento rojo, sobre la cual esparció decenas de caracoles y conchas, además de algunos corales, un pez sierra pequeño, cuentas de piedra verde, cascabeles de cobre y, en la esquina noreste, un bellissimo disco de mosaico de turquesa que figura divinidades guerreras y nocturnas (véase Velázquez y Marín, 2006 (figura 17). A continuación y en un nivel superior, dispuso decenas



Figura 17. Disco de mosaico de turquesa con divinidades guerreras y nocturnas. Museo Templo Mayor, INAH.

de cuchillos de pedernal y cientos de puntas de proyectil tanto de obsidiana como de pedernal. Después colocó dos águilas, un colibrí y, sobre el disco de turquesa, la piel de una espátula rosada con la cabeza dirigida hacia el poniente. Finalmente y sobre una cama de arcilla con pigmento rojo, orientó también hacia el poniente dos figuras de copal que parecen representar a divinidades del agua y la fertilidad.

La ofrenda 101 comprendía un área de 90 x 100 cm (Barrera Rodríguez, 2000a). En este caso, el sacerdote elaboró también una cama de arena marina, sobre la cual extendió cientos de caracoles y conchas, además de algunos corales, erizos de mar, algas calcáreas, percebes, dientes de tiburón, un espadarte de pez sierra, cuentas de piedra verde, cascabeles de cobre, una bola de copal y pendientes elaborados con caracoles, entre ellos un joyel de viento. Las conchas de cinco grandes moluscos le sirvieron para marcar en este nivel el centro y los rumbos cardinales. A continuación, puso a la espátula rosada en decúbito lateral, orientada de este a oeste, con la cabeza hacia el poniente y con una cuenta de piedra verde en el pico. Para concluir, preparó una cama de arcilla café con ceniza que le sirvió para recostar encima una figurilla de Tláloc de copal dirigida hacia el poniente.

Por su parte, la ofrenda 104 abarcaba 80 x 80 cm de superficie (Barrera Rodríguez, 2000a). El patrón de colocación fue similar al de los dos depósitos anteriores. Sobre una cama de arena marina, el sacerdote distribuyó cientos de caracoles y conchas, así como algunos corales, percebes, un espadarte de pez sierra y cuentas de piedra verde. Al parecer, señaló el este, el oeste y el sur con tres grandes moluscos. Luego, situó la piel de espátula rosada en decúbito lateral, orientada de este a oeste, con la cabeza hacia el oeste, las alas extendidas y las patas próximas entre sí, además de colocar una cuenta de piedra verde cerca del pico. Para concluir la ceremonia, creó una cama de arcilla café con gravilla y dispuso ahí un Tláloc de hule orientado hacia el poniente.

Los otros tres depósitos —explorados ya por el PTM-INAH— eran mucho más ricos y complejos. Por ejemplo, la ofrenda 120 estaba contenida en una caja de sillares de piedra que fue construida bajo el piso de la plaza y al pie de la pirámide (Argüelles, 2009, 2011-2012). Esta caja encerraba un volumen cuadrangular de 67 x 102 x 63 cm en el que se encontraron 1 822 artefactos y 3 502 ecodatos. A grandes rasgos, el sacerdote siguió la siguiente secuencia ritual. En primer lugar y en el fondo de la caja colocó cuchillos de pedernal y barras de copal contenidas en pencas de maguey. Sobre ellas esparció a continuación más de mil caracoles, conchas y quitones, además de peces marinos, tiburón, una raya y medio millar de cuentas de piedra verde. El siguiente nivel consistió en una capa de arcilla gris y un largo espadarte de pez sierra. Inmediatamente encima de este nivel dispuso en decúbito ventral extendido el cuerpo de un lobo ataviado (con ornamentos de concha, madera, piedra verde, cobre y petatillo), varias pieles y ejemplares completos de águila dorada también ataviados, una piel de garra de felino, cuchillos de pedernal y espinas de maguey. Le siguieron representaciones de lanzadardos de madera, cetros *chicabuaztli* de piedra verde y grandes conchas con los que marcó las esquinas de la caja, así como atados de dardos, punzones de hueso, copal y hule quemado. Luego distribuyó numerosos cuchillos

de copal en el centro y las esquinas de la caja, y sobre ellos asentó petatillos, copal, espinas de maguey, un cráneo-efigie que representa al dios de la muerte y una olla Tláloc con sus insignias de madera, la cual contenía cuentas de piedra y semillas. Por último, en el nivel más superficial de la caja, el sacerdote colocó tres individuos completos y una piel de águila dorada en la mitad oeste de la caja; y en la mitad este dispuso un individuo completo y una piel de espátula rosada. Los huesos del individuo completo se hallaron sumamente desplazados, por lo que resultó imposible saber cuál había sido su posición original. En contraste, sabemos que la piel del ave estaba en decúbito lateral, con la cabeza orientada hacia el Poniente, las alas juntas y las patas hacia el oriente.

La ofrenda 128, por su parte, fue hallada al oeste del monolito de la diosa Tlaltecuhltli, en el interior del monumento escalonado 6 (Aguirre y Chávez, 2011; Argüelles, 2011-2012). Fue depositada en el relleno constructivo, ocupando una superficie de 48 x 53 x 10 cm. Esta ofrenda estaba compuesta por 402 artefactos y ocho ecodatos. La ceremonia comenzó con la elaboración de una cama de arena marina de 10 cm de espesor y 12 kg de peso. Sobre dicha cama, el sacerdote extendió homogéneamente cuentas pequeñas de piedra verde y, a su alrededor, abundante copal fresco. Encima puso más cuentas, aunque de mayores dimensiones, así como figuras, máscaras antropomorfas, una olla y ornamentos, todos ellos de piedra verde y estilo Mezcala. En este mismo nivel incluyó varias semillas, una vara de madera y fragmentos de barras de copal contenidas en pencas de maguey. Enseguida, en el nivel superior, recostó con cuidado el cadáver de una espátula rosada: en decúbito dorsal, con la cabeza hacia el poniente, las alas semiflexionadas y las patas hacia el oriente (figura 18). Para concluir, espolvoreó la cabeza, el cuello y parte del tórax del animal con pigmento de color rojo.

La sexta y última ofrenda es la 141, descubierta igualmente al oeste del monolito de la diosa Tlaltecuhltli, pero en este caso al oeste del monumento escalonado 4 (Aguirre Molina y Robles Cortés, 2013; Elizalde, 2013). Era una caja de sillares de piedra con medidas internas de 83 x 114 x 81 cm, la cual atesoraba 1 569 artefactos y 16 579 ecodatos. En el fondo de la caja, el sacerdote depositó en primera instancia dos grandes espadartes de pez sierra. Luego acomodó una serie de barras de copal con fibras vegetales, así como un poco de tabaco. En un tercer nivel dispuso concertadamente máscaras y ollitas de madera con la efigie de Tláloc, cetros serpentiformes de madera, hule derretido, miles de conchitas y, en las esquinas, cuatro conchas grandes. A continuación y directamente sobre esta capa acuática, apoyó grandes corales-cerebro y extrañas representaciones pétreas de huesos largos. Estos materiales sirvieron de base a un nuevo nivel, compuesto por un cuchillo de pedernal de grandes dimensiones y tres pieles: la de una garra de felino, la de un águila dorada y la de una espátula rosada. La piel de la espátula rosada fue recostada en el cuadrante noroeste de la caja, en decúbito dorsal, con la cabeza hacia el poniente, las alas plegadas y las patas hacia el oriente. Luego, el sacerdote dispuso varios cráneos-efigie, cuchillos de pedernal, braseros con máscaras de madera que figuran individuos muertos, figuras de copal ataviadas con insignias de madera propias de Tláloc y grandes conos de copal.



Figura 18. Esqueleto de espátula rosada, nivel superior de la ofrenda 128.

Para concluir, creó un nivel superior integrado por una olla Tláloc conteniendo numerosas semillas, otra piel de águila dorada, grandes cetros de madera, caracoles de gran tamaño y miles de conchas diminutas.

Esta breve descripción de las seis ofrendas nos da una idea de los contextos en que fueron sepultadas las espátulas rosadas. El lector habrá notado que, a pesar de que tales depósitos no son idénticos, presentan analogías significativas. En términos generales, tanto los individuos completos como sus pieles estaban invariablemente orientados en sentido oriente-poniente y con la cabeza dirigida hacia el poniente. Además, se hallaron siempre asociados a imágenes de divinidades del agua y de la fertilidad, y cubriendo con su rico plumaje aquellos niveles compuestos por símbolos relativos a ese inframundo descrito en las fuentes como de carácter acuático, nocturno y de la muerte.

Antes de concluir este apartado, apuntemos algunos datos relevantes en cuanto a los contextos arquitectónicos donde los mexicas sepultaron espátulas rosadas. Notemos en primer lugar que, de acuerdo con la cronología de tales contextos, la costumbre de ofrecer estas aves se prolongó a lo largo de varias décadas. En efecto, la ofrenda 128 fue depositada en algún momento aún no bien precisado, cuando funcionaban las etapas IVb-V, construidas por Axayácatl y Tízoc (1469-1481 d.C.); las ofrendas 120 y 141 están adscritas a la fase VI, erigida por Ahuítzotl (1486-1502 d.C.), y

las ofrendas 99, 101 y 104 corresponden a la fase VII, perteneciente al reinado de Motecuhzoma Xocoyotzin (1502-1520 d.C.).

En lo que respecta a su distribución espacial, dos ofrendas de este conjunto —la 99 y la 120— aparecieron justo al centro de la mitad del edificio consagrada al culto de Huitzilopochtli; dos más —la 101 y la 104— fueron descubiertas al centro de la mitad dedicada a Tláloc, y las dos restantes —la 128 y la 141— se detectaron sobre el eje central primigenio del Templo Mayor (véase figura 10). No obstante, el patrón espacial más interesante tiene que ver con que todas estas ofrendas fueron sepultadas bajo el piso de la plaza, exactamente al pie de la fachada principal de la pirámide, es decir, en la fachada que da hacia el poniente (figura 19). De manera reveladora, en las primeras temporadas de campo del PTM-INAH —cuando se exploró sistemáticamente el interior del Templo Mayor y las tres fachadas secundarias (norte, este y sur)— no se encontró el más mínimo indicio de la presencia de espátulas rosadas.

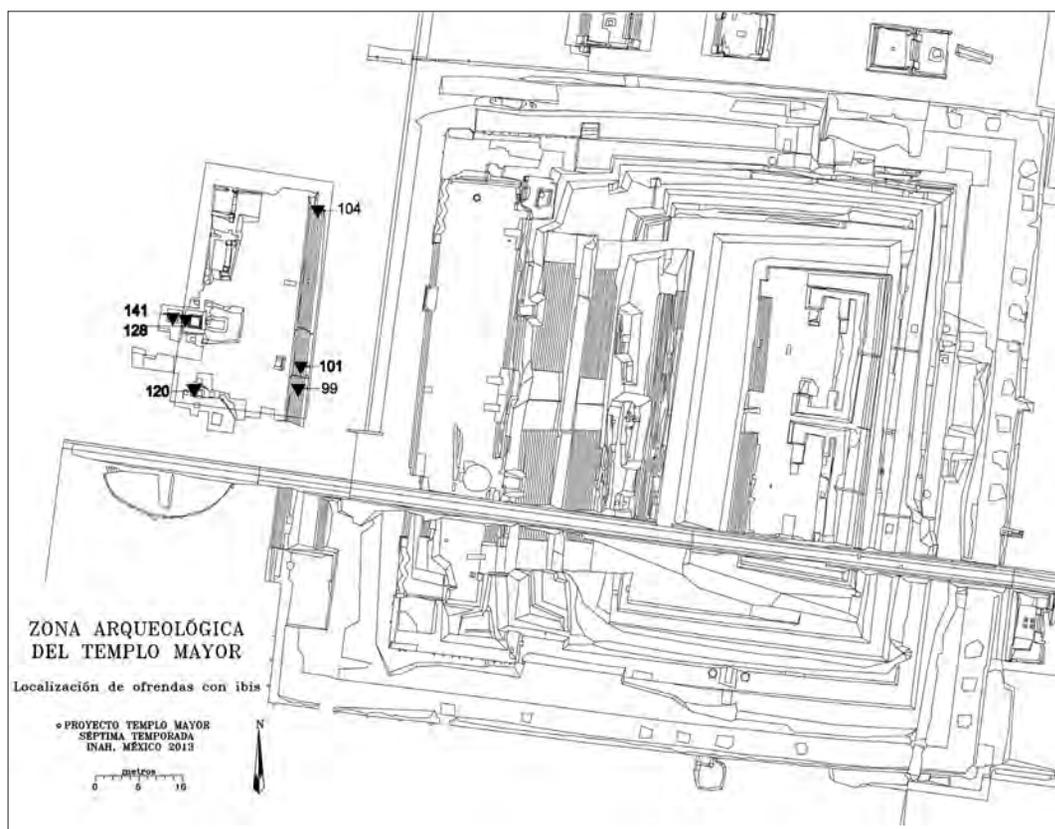


Figura 19. Mapa de localización de las ofrendas con espátulas rosadas en el Templo Mayor de Tenochtitlan, dibujo de Michelle de Anda.

UN PROFUNDO SIMBOLISMO

El significado religioso atribuido por los antiguos nahuas a la espátula rosada nos ayuda a comprender los móviles de los sacerdotes que las inhumaron como ofrendas en el Templo Mayor. A este respecto, comencemos evocando lo que Sahagún (2000: 1002) añade en su versión castellana a la descripción de sus informantes sobre el *tlaubquéchol*: “Dicen que este ave es el príncipe de las garzotas blancas que se juntan a él donde quiera que le ven”. Esta simple frase nos permite afirmar que el *tlaubquéchol* formaba parte de los animales llamados *tlatobque* o “reyes”, es decir, los “líderes” no sólo de su especie sino de una categoría faunística más amplia. En este sentido, recordemos que el *iztac mázatl* o venado blanco era tenido como el “señor de los venados”,²³ el *atotolin* o pelícano como el “señor, dirigente de todas las aves acuáticas”²⁴ y la cascabel *tecubtlacozaubqui* como “dirigente de las serpientes” (Sahagún, 1950-1981: XI, 15, 29, 76; Olivier, 2007: 135-136),²⁵ por ofrecer sólo unos ejemplos.

Francisco Cervantes de Salazar (1985: 17) también pone de manifiesto el carácter excepcional de la espátula rosada, al hablar de la gran valoración que le daban los nahuas: “El ave que en lengua mexicana se llama *tlauquechul* es, por su pluma y por hallarse con gran dificultad, tan preciosa entre los indios, que por una (en tiempo de su infidelidad) daban cuarenta esclavos, y por gran maravilla se tuvo que el gran señor Montezuma tuviese tres en la casa de las aves”. Tal relevancia se atestigua asimismo por su presencia —al lado de otras aves preciosas— en la paradisiaca Tollan de Quetzalcóatl o bien, ya en la época colonial, en la Belén florida descrita en la *Psalmodia Christiana* de Sahagún (1950-1981: III, 14; *Anales de Cuauhtitlan*, 1945: 8; 1992a: 30; Alcántara Rojas, 2008: 268).

Una descripción sumamente interesante acerca de la espátula rosada es la que nos ofrece Hernández (1959: III, 358), pues se centra en las características anatómicas del animal y en algunos de sus patrones conductuales:

Del Tlahuquéchul. Es parecido a la espátula o al pelícano, pero con casi todo el cuerpo de un hermosísimo color escarlata o blanco con rojo, pico ceniciento, ancho, y redondeado en su extremo, pupila negra, iris rojo, frente rugosa como de gallipavo o de aura, cabeza casi desnuda y blanca, así como casi todo el cuello y parte del pecho, y con una franja negra y un tanto ancha que divide la cabeza del cuello. Vive a la orilla del mar o de los ríos, y se alimenta de pececillos todavía vivos que pesca, pues muertos no los toca, según comprobamos al tratar de alimentarlo en casa.

En este último sentido, la espátula rosada puede ser equiparada con el águila, animal del que se precisa en otras fuentes que “caza y come animales vivos y no come carne muerta” (Sahagún, 2000: 1018). En forma análoga, se dice del jaguar que “no es carroñero [como el zopilote]. Es el que odia lo que es asqueroso” (Saha-

²³ “*Inlatocaub in mamaça*”. La traducción es nuestra.

²⁴ “*Inlatocaub, imachcaub, in jxqujchitn totome atlan nemj*”. La traducción es nuestra.

²⁵ “*Imachcaub in cocoa*”. La traducción es nuestra.

gún, 1950-1981: XI, 1).²⁶ Por tanto, la espátula rosada se presenta en la obra de Hernández como un pescador que captura vivas a sus presas, tal como lo vemos gráficamente en el *Códice Laud* (1994: 12) (figura 20) y en el *Códice Florentino* (1979: lib. XI, 20v; figura 8).



Figura 20. *Tlaubquébol* como metáfora del guerrero (*Códice Laud*, 1994: 12).

Con esta lógica, no es raro encontrar al *tlaubquébol* como metáfora del guerrero, al igual que sucede con el águila y con el jaguar. Se establecía tal paralelismo, por ejemplo, en los discursos pronunciados cuando se daba a luz a un niño (Sahagún, 1950-1981: VI, 171). Dado que el destino del recién nacido era alimentar al Sol y la Tierra, se le consagraba al oficio de la guerra diciéndole: “eres un águila, eres un jaguar, eres un *quechol*, eres un *çaquan*²⁷ de Tloque Nahuaque”.²⁸

De manera sugerente, en los poemas antes mencionados, las aves cuyos nombres compuestos incluyen la palabra *quéchol* aparecen precisamente asociadas con Tloque Nahuaque, la deidad suprema (Garibay K., 1964: 64; 1965: 28, 40; Bierhorst, en

²⁶ “...*bamo tzopiloanj, tlayñianj, motlaeltianj*”. La traducción es nuestra.

²⁷ Los informantes de Sahagún (1950-1981: XI, 20-21) citan al *zacuan* u oropéndola mayor (*Gymnostinops montezuma*) junto con el *tlaubquébol* y el *xinbquébol*. Inclusive, en un poema se habla de un ave llamada *zacuan-quéchol* (Garibay K., 1968: 28).

²⁸ “...*ca tiquaubtli, ca tocelotl, ca tiquechol, ca tîçaquan in tloque, navaque*”. La traducción es nuestra.

Cantares Mexicanos, 1985: 39). Cabe añadir que, de “unas aves muy hermosas que los indios llaman *teoquechul*”, Motolinía (Benavente, 1971: 231) asegura “que los indios los tenían por dioses”.²⁹ Más aún, en la *Leyenda de los Soles* (1945: 122; 1992a: 90; 1992b: 148), la pareja suprema Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl “sentaron en un trono de [plumas de] *quecholli*” a Nanáhuatl cuando éste se transformó en el Sol.³⁰

Volviendo a la poesía, las aves en cuyo nombre aparecía la palabra *quéchol* eran identificadas claramente con los guerreros, con los nobles e, inclusive, con los reyes (Garibay K. 1964: 7, 32; 1965: 14, 33, 110, 115; 1968: 35; Bierhorst, en *Cantares Mexicanos* 1985: *passim*). Cervantes de Salazar (1985: 17) confirma específicamente la asociación del *tlauhquéchol* con los guerreros y con los nobles, al decir: “y fue costumbre, por la gran estima en que se tuvo a esta ave, que a ningún indio llamasen de su nombre, si no fuese tan valeroso que hubiese vencido muchas batallas”.³¹ En cuanto a los reyes, sabemos que éstos solían revestir atavíos confeccionados con plumas de espátula rosada cuando iban a la guerra, entre los cuales se incluyen el tocado *tlauhquecholtzontli*, una suerte de coraza llamada *éhuatl* (“piel”) que estaba cubierta con plumas de la misma ave (*tlauhquecholiujtl*) y de varias más (Sahagún, 1950-1981: VIII, 33).

Con base en lo anterior, Garibay K. (1964: 108) propuso que los antiguos nahuas creían que los guerreros muertos en batalla se transformaban en espátulas rosadas y que “en la estilística de los poemas es el quéchol, y sus adjuntos el quéchol color de luz (*tlauhquechol*), y el quéchol fino o divino (*teoquéchol*), representación de las almas transfiguradas en el dominio ultramundano del sol”. Si bien es cierto que ninguna de ellas aparece en la lista sahuaguntina de volátiles metamorfoseados a partir de caídos en contienda (Sahagún, 1950-1981: III, 49), las encontramos en un importante himno que se cantaba en la fiesta de *atamalqualiztli*. En él, tras anunciar la llegada de la diosa Tlazoltéotl y el nacimiento de Centéotl Ce Xóchtli en Tamoanchan, se proclama lo siguiente:

Ya va a lucir el sol, ya se levanta la aurora, y varios *quecholli* chupan el néctar de las flores donde las flores se yerguen. Sobre la tierra estás en pie cerca del mercado. Soy el príncipe Quetzalcóatl. Que los *quecholli* se deleiten entre los árboles floridos. Escucha la palabra de nuestro dios, el canto de los *quecholli*, escucha el canto de los *quecholli*. Que nuestros muertos no sean tirados, que no se use la cerbatana.³²

Sobre este himno, conviene recordar que la fiesta de *atamalqualiztli* —que se celebraba cada ocho años— caía en ocasiones durante la veintena de *quecholli* y, en

²⁹ Páginas atrás vimos que los informantes de Sahagún (1950-1981: XI, 20) consideraban el nombre *teoquéchol* como equivalente de *tlauhquéchol*.

³⁰ “...*quitlallia quecholicpalpan*”. La traducción es nuestra.

³¹ Como dato curioso señalemos que, a finales del siglo XIX, Frederick Starr (1995: 186) conoció a un indio llamado Quechol, originario del poblado tlaxcalteca de Santa Ana.

³² “*Oyatlatonazqui tlavizcallevaya iman tlachichinaya nepapā quechol, xochitlacaca [...]* Tlalpā timoquetzca, tianquiznavaquj a ntlacatla niquetzalcoatla [...] *Ma ya aviallo xochinquavuitl itlanj nepapā quechollj ma ya in quechollj xicaqui ya tlatoa ya y toteuh xicaq ya tlatoa ya y quechol amach yeva tomjcaub tlapitza amach yevā tlacalvaz.*” Aunque con ligeras modificaciones, seguimos la transcripción y la traducción de Thelma Sullivan (en Sahagún, 1997: 145-146).

otras, en la veintena anterior de *tepeilbuitl* (Sahagún, 1950-1981: II, 177).³³ Señalemos, además, que Eduard Seler (1990-1998: III, 281-282) identificó a los *quechbolli* aquí evocados con las almas de valerosos guerreros, quienes se transformaban cuatro años después de su heroica muerte en pájaros o en mariposas que bebían el néctar de las flores (Sahagún, 1950-1981: III, 49).³⁴

Por otra parte, la inclusión en el mismo himno de una cerbatana no parecería fortuita: distintivo señorial con claras connotaciones solares, esta arma era utilizada por los soberanos desde tiempos del gran *chichimécatl tecubtli* Xólotl para ir de cacería y atrapar con ella aves pequeñas (Alva Ixtlilxóchitl, 1985: I, 289). Sobre este asunto, Patrick Lesbre (2008: 305-309) ha analizado con detalle un canto colonial (*Cantares mexicanos*, 1985: 334-335) en el que se alude al Papa romano valiéndose de una cerbatana de turquesa (*xiubtlacálhuaz*). Al final de su estudio, Lesbre establece una comparación entre el Sumo Pontífice, quien desde la santa sede caza simbólicamente las almas de los fieles cristianos, y el rey texcocano, quien desde su palacio acostumbraba disparar con cerbatana a los colibríes, equivalentes metafóricos de los guerreros muertos.

Quedándonos en tiempos de la Colonia, hay noticias de que don Pedro Tlacauepan —hijo de Motecuhzoma II— organizó en dos ocasiones la danza del palo volador en la ciudad de México allá por el año de 1564 (*Anales de Juan Bautista*, 2001: 184-185, 264-265); una de ellas se realizó con motivo de la fiesta de San Sebastián, en tanto que la otra tuvo lugar en la fiesta de San Francisco. Tomando en cuenta que los especialistas en esta danza han interpretado a los voladores como personificadores de los difuntos divinizados que bajan del cielo en forma de ave para fecundar la tierra (*e.g.* Stresser-Péan, 1948: 334; Graulich, 1999: 417-420), es muy interesante la mención de voladores disfrazados como *tlaubquéchol* en las celebraciones de don Pedro.

La asociación de las aves con los guerreros caídos en combate se puede reconocer también en varias escenas pictográficas de la fundación de Tenochtitlan.³⁵ Mientras que el águila representa en toda su majestad al dios solar y de la guerra Huitzilopochtli, las plumas multicolores que conforman “su nido, su cama”³⁶ han sido identificadas con las almas de los enemigos vencidos (Caso, 1946; Graulich, 1987: 244). Y, entre esas plumas preciosas, se mencionan precisamente las del *tlaubquéchol* (*Códice Aubin*, 1963: 39; *Códice Chimalpahin*, 1997: I, 102-103). De hecho, mucho antes, ya desde tiempos de la migración mexicana, Huitzilopochtli había prometido grandes riquezas a sus seguidores —como producto de las futuras conquistas—, las cuales incluirían plumas rojas de esta ave (Chimalpain, 1997: 6-7; Alvarado Tezozómoc, 1949: 24).

³³ Seler (1990-1998: III, 279) es quien propuso tal correspondencia por primera ocasión. Véanse también los comentarios de Graulich (2001: 365-368) sobre la posición calendárica de esta fiesta, la cual habría sido originalmente una ampliación de la de *ochpaniztli*.

³⁴ En esta propuesta, Seler fue seguido por Garibay K. (en Sahagún, 1958: 161) y por Graulich (2001: 361, 363).

³⁵ Véase por ejemplo *Atlas de Durán* (en Durán, 1995: II, lám. 1).

³⁶ “...*yn itapaçol, yn ipepech*”. La traducción es nuestra.

Quizás pudiéramos explicar de la misma manera la presencia en el templo del dios guerrero Mixcóatl Camaxtli de “plumas de diuersas aues conbiene a sauer açules berdes coloradas y amarillas todas de pajaros preciados”, todas ellas resguardadas en una “arquilla alta redonda” junto con los instrumentos para encender el Fuego Nuevo (Durán, 1995: II, 81). Yendo un poco más allá, es lógico suponer que este conjunto ritual pudo haber conformado un *tlaquimilolli*, es decir, un bulto sagrado que contenía la verdadera esencia de la divinidad (Olivier, 2006). Bajo este supuesto, el pedernal o los palos para hacer fuego encarnarían a Mixcóatl, al igual que las plumas preciosas en tanto símbolos de los guerreros muertos que correspondían perfectamente a la personalidad de “Serpiente de Nube”. Sabemos que esta “arquilla” contenía “vnas flechas quebradas biejas [y] un arco pequeño”, cuyo significado puede estar ligado también con Mixcóatl y con los caídos en contienda.

Prosigamos y examinemos ahora los glifos toponímicos de Cuauhquecholan y Quechólac, localidades cuyos nombres incluyen la palabra *quéchol*. Ambos aparecen en la *Matrícula de Tributos* (1991: 22) y en el *Códice Mendoza* (1992: 42r).³⁷ El primero se representa como un águila dotada de un *cuauhpilolli*, la sencilla divisa militar de plumas de águila (*vid.* Beyer, 1965: 316), en tanto que el segundo incluye también un *cuauhpilolli* pero contenido en un recipiente de agua (figura 21). En ambos topónimos, la imagen del *cuauhpilolli* se leería “*quecholli*”; como bien lo notó hace muchísimos años Francisco del Paso y Troncoso (1898: 189).³⁸ ¿Explicarían estos dos topónimos el hecho de que el *cuauhpilolli* era la divisa característica de Mixcóatl? Otro caso de suma relevancia para nuestros propósitos se encuentra

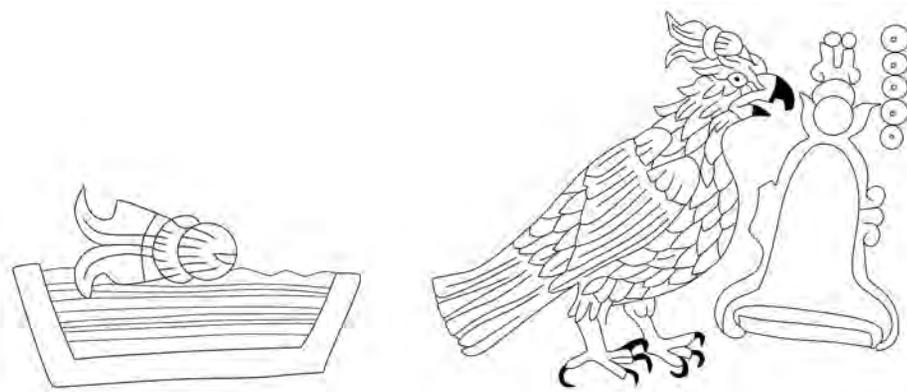


Figura 21. Glifos toponímicos de Quechólac a la izquierda y de Cuauhquecholan a la derecha (*Códice Mendoza*, 1992: 42r), dibujo de Elbis Domínguez.

³⁷ Un pájaro con el pico alargado representa este topónimo en la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* (Muñoz Camargo, 1984: cuadro 59).

³⁸ Los colores de las plumas son grises en la *Matrícula de Tributos* (1991: 22) y cafés en el *Códice Mendoza* (1992: 42r); y de ninguna manera de color “bermellón”, como lo afirma Espinosa Pineda (1996: 235).

en el *Códice Vaticano Latino 3738* (1996: 89r), donde el glifo *quebolli* precisa la fecha de la entrada de Hernán Cortés a Tenochtitlan.³⁹ Este glifo es el mismísimo rostro de Mixcóatl: una cabeza masculina con una flecha que le atraviesa la nariz y un *cnauhpilolli* sobre la cabeza.

Hasta aquí hemos visto que la espátula rosada se relaciona con los difuntos, en particular con los guerreros, con los nobles y con los reyes. En este mismo tenor, traigamos a colación que, según Alvarado Tezozómoc (2001: 243), el bulto mortuario del rey Axayácatl fue revestido con “un plumaxe que llaman *tlaunqueboltzontli*, plumaje de muy preciada y galana aue, questa abe llaman *tlaubquechol*”. El cronista precisa que tal plumaje formaba parte de los atavíos de Yohualahuan, es decir, de Xipe Tótec (figura 22). En la misma obra, Alvarado Tezozómoc (2001: 373) describe cómo iba vestido Motecuhzoma II durante una de sus numerosas campañas militares:



Figura 22. Xipe Tótec con su tocado de plumas de espátula rosada (*Códice Borbónico*, 1991: 27).

³⁹ Varias fuentes registran este hecho, el cual ha servido a los especialistas para establecer la correlación entre los calendarios cristiano y mexica (e.g. *Anales de Tlatelolco*, 1999: 128-129; *Códice Aubin*, 1963: 53; Sahagún, 1950-1981: II, 80; *Códice Telleriano-Remensis*, 1995: 4v). Véanse, por ejemplo, los estudios de Caso (1967: 50), Matrícula de Tributos (1971: 92-97) y Sprajc (2000: 140-142).

“con una diuisa de muy rrica plumería y ensima una abe, la pluma dél muy rrica, rrelumbrante, que llaman *tlaubquecholtotec*”.⁴⁰ Seler (1990-1998: III, 47) considera que el nombre correcto de esta divisa es Tlahuquéchol Tótec, el cual aludiría al dios Xipe Tótec, cuya piel e insignias ostentaban los reyes en las batallas (*Códice Cozcatzin*, 1994: 15; *Códice Vaticano-Latino 3738*, 1996: 85v).⁴¹ Ahora bien, recordemos que uno de los nombres de Mixcóatl Camaxtli era Tlatlahuqui Tezcatlipoca, quien no es sino un avatar de Xipe Tótec (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*, 1941: 209).

Otra deidad vinculada con el *tlaubquechol* es nada menos que Huitzilopochtli. En efecto, durante la fiesta de *tóxcatl* se elaboraba una imagen de amaranto del numen mexica sobre una estructura de mezquite. Nos dicen los informantes de Sahagún que estaba cubierta con una capa divina (*teoquémitl*) compuesta de plumas de *tlaubquechol* (Sahagún, 1950-1981: II, 72; Heyden, 1976: 16). Asimismo, entre los atavíos de Huitzilopochtli que se exponían a los rayos del sol durante la fiesta móvil del día *ce técpatl* encontramos una capa llamada *tlaubquecholquémitl*, probablemente la misma utilizada durante *tóxcatl* (Sahagún, 1950-1981: IV, 77).⁴² Mencionemos también a la deidad solar Xochipilli, quien ostentaba un tocado de plumas de *tlaubquechol*, llamado *itlaubquecholtzóncatl* en los *Primeros Memoriales* (Sahagún, 1997: 111). Todos estos atavíos divinos —a los cuales se puede añadir el trono de plumas de *quéchol* (*quecholicpalpan*) sobre el cual se sentó Nanáhuatl— confirman las connotaciones solares de esta ave. Para completar el expediente añadamos a Xiuhtlati y a Xilo, dos diosas de los plumajeros que lucían plumas de *tlaubquechol* en sus ricos huipiles (Sahagún, 1950-1981: IX, 84).

REFLEXIÓN FINAL

Según lo narran Alvarado Tezozómoc (2001: 246, 261, 265) y Durán (1995: II, 293, 312, 394-395), al fallecer los soberanos mexicas, sus cadáveres eran cremados en una gran pira construida para tal efecto al pie de la fachada principal del Templo Mayor. Muchas horas eran necesarias para que las llamas consumieran el bulto funerario y parte de su ofrenda mortuoria, conjunto que era alimentado con los corazones y la sangre de corcovados, de enanos y de esclavos sacrificados. Las cenizas resultantes eran luego rociadas con el agua ritual llamada *acxóyatl*, colectadas en urnas o mantas, y finalmente sepultadas en el Cuauhxicalco, edificio circular también ubicado al pie y al poniente de la gran pirámide. Fue así al menos en el caso de tres hermanos que se sucedieron en el trono de Tenochtitlan: Axayácatl, quien falleció en el año 1481; Tízoc, en 1486, y Ahuítzotl, en 1502.

⁴⁰ Alvarado Tezozómoc (2001: 451) señala también que el mismo *tlatoani* mandó que lo retrataran en Chapultepec con “una cabellera traçando de pluma de *tlaubquechol*”.

⁴¹ Durante la fiesta de *tlacaxipehualiztli*, los guerreros águila y los guerreros jaguar que participaban en el sacrificio gladiatorio se sentaban sobre asientos cubiertos de plumas de *tlaubquechol*, llamados *quecholicpalli* (Sahagún, 2000: 182). Para mayores detalles sobre los nexos entre el *tlaubquechol* y Xipe Tótec, veáanse también Olko (2005: 154-155) y González González (2011: 338-343).

⁴² Llama la atención que los informantes de Sahagún precisen que, en esta misma fecha, se veneraba también a Mixcóatl.

A la luz de lo señalado a lo largo de esta contribución, creemos que los ejemplares de espátula rosada enterrados —en ocasiones junto con águilas doradas y con colibríes— frente al Templo Mayor, pueden aludir al Sol y a los guerreros caídos en combate. Recordemos que, invariablemente, estas aves y sus pieles fueron inhumadas con la cabeza dirigida hacia el poniente y sobre materiales que simbolizaban el inframundo. Por tanto, la presencia de espátulas rosadas en los contextos arqueológicos del recinto sagrado sería el mejor indicio de que los cronistas no se equivocaron y de que aún se encuentran ahí los sepulcros reales de Tenochtitlan esperando a ser descubiertos (Matos Moctezuma y López Luján, 2007).

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE MOLINA, Alejandra y Ximena CHÁVEZ BALDERAS
2011 “Informe de la Operación 5”, documento inédito, México, Proyecto Templo Mayor-INAH.
- AGUIRRE MOLINA, Alejandra y Erika ROBLES CORTÉS
2013 “Informe de la Operación 10. Ofrenda 141”, documento inédito, México, Proyecto Templo Mayor-INAH.
- ALCÁNTARA ROJAS, Berenice
2008 “Cantos para bailar un cristianismo reinventado. La nahuatlización del discurso de evangelización en la *Psalmodia Christiana* de fray Bernardino de Sahagún” (2 vols.), tesis de doctorado en Estudios Mesoamericanos, México, FFYL-UNAM.
- ALLEN, Robert Porter
1942 *The Roseate Spoonbill*, Nueva York, National Audubon Society.
- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de
1985 Edmundo O’Gorman (ed.), *Obras históricas*, 2 vols., México, IIH-UNAM.
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando
1949 Adrián León (ed. y trad.), *Crónica mexicáyotl*, México, IIH-UNAM.
2001 Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro (eds.), *Crónica mexicana*, Madrid, Dastin.
- ÁLVAREZ, Ticul y Aurelio OCAÑA
1991 “Restos óseos de vertebrados terrestres de las ofrendas del Templo Mayor, Ciudad de México”, en Óscar J. Polaco (coord.), *La fauna en el Templo Mayor*, México, INAH, pp. 105-147.
- Anales de Cuauhtitlan*
1945 en Primo Feliciano Velázquez (ed. y trad.), *Códice Chimalpopoca*, México, IIH-UNAM, pp. 3-118.
1992a en John Bierhorst (ed.), *Códice Chimalpopoca. The Text in Nahuatl with a Glossary and Grammatical Notes*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 3-84.
1992b en John Bierhorst (trad.), *History and Mythology of the Aztecs. The Codex Chimalpopoca*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 23-138.
- Anales de Juan Bautista*
2001 en Luis Reyes García (ed. y trad.), *¿Cómo te confundes? ¿Acaso no somos conquistados? Anales de Juan Bautista*, México, CIESAS/Biblioteca Lorenzo Boturini-Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe.

Anales de Tlatelolco

1999 Los manuscritos 22 y 22bis de la Bibliothéque de France, Susanne Klaus (transcripción y trad.), Markt Schwaben, Verlag Anton Saurwein.

ARGÜELLES ECHEVARRÍA, Amaranta

2009 “Informe de la Operación 2. Ofrendas 117, 119 y 120”, documento inédito, México, Proyecto Templo Mayor-INAH.

2011-2012 “Informes semanales”, documentos inéditos, México, Proyecto Templo Mayor-INAH.

BARRERA RODRÍGUEZ, Raúl

2000a “Salvamento arqueológico en las casas de las Ajaracas y las Campanas, en el centro histórico de la Ciudad de México”, México, PAU-INAH, informe técnico inédito.

2000b “Informe de las actividades de excavación arqueológica en el denominado predio de las Ajaracas o Casa de Gobierno del Distrito Federal, comprende del 1 al 29 de febrero del año 2000”, México, PAU-INAH, informe técnico inédito.

2000c “Informe de las actividades de excavación arqueológica en el denominado predio de las Ajaracas o Casa de Gobierno del Distrito Federal, comprende del 1 al 30 de junio del año 2000”, México, PAU-INAH, informe técnico inédito.

BATALLA ROSADO, Juan José

1994 “Teorías sobre el origen colonial del Códice Borbónico: una revisión necesaria”, en *Cuadernos Prehispánicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, vol. 15, pp. 5-42.

2002 *El Códice Tudela y el grupo Magliabechiano: La tradición medieval europea de copia de códices en América*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes/ Agencia Española de Cooperación Internacional/Testimonio Compañía Editorial.

BENAVENTE, fray Toribio de

1971 en Edmundo O’Gorman (ed.), *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, IIH-UNAM.

BEYER, Hermann

1965 en Carmen Cook Leonard (ed.), *Obras completas I. Mito y simbología del México antiguo, El México antiguo*, México, Sociedad Alemana Mexicanista, vol. 10.

Calendario de Tovar

1951 en George A. Kubler y Charles Gibson (eds.), *The Tovar Calendar*, Memoirs of the Connecticut Academy of Art and Sciences, New Haven, vol. 11.

Cantares Mexicanos

1985 en John Bierhorst (ed. y trad.), *Songs of the Aztecs*, Palo Alto, Stanford University Press.

2011 Miguel León-Portilla (ed.), en Miguel León-Portilla, Guadalupe Curiel Defossé, Ascensión Hernández de León-Portilla, Liborio Villagómez y Salvador Reyes Equiguas (trads.), 3 vols., México, IIB-III-IIIH-UNAM/Fideicomiso Texeidor.

CASO, Alfonso

1946 “El águila y el nopal”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Academia Mexicana de la Historia, vol. 5, núm. 2, pp. 93-104.

1967 *Los calendarios prehispánicos*, México, IIH-UNAM.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco

1985 en Juan Miralles Ostos (ed.), *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa.

CHESSER, R. Terry, Carol K.L. YEUNG, Cheng-Te YAO, Xiu-Hua TIAN y Shou-Hsien LI

2010 “Molecular Phylogeny of the Spoonbills (Aves: Threskiornithidae) based on

- Mitochondrial DNA”, en *Zootaxa*, núm. 2603, pp. 53-60, Auckland, Magnolia Press.
- CHIMALPAIN, Cuauhtlehuanitzin
 1997 en Víctor M. Castillo Farreras (ed. y trad.), *Primer amoxthli libro. 3ª relación de las diferentes histoires originales*, México, IIH-UNAM.
- Códice Aubin*
 1963 en Charles E. Dibble (ed. y trad.), Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas.
- Códice Borbónico*
 1991 en Ferdinand Anders, Maarten Jansen y Luis Reyes (eds.), México, ADV/FCE.
- Códice Chimalpabín*
 1994 en Ana Rita Valero de García Lascuráin (ed.), México, INAH/Universidad Autónoma de Puebla.
 1997 en Arthur J. Anderson y Susan Shroeder (eds. y trads.), *Society and Politics in Mexico Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco, Culhuacan, and other nahua altepetl in Central Mexico. The Nahua and Spanish annals and accounts collected and recorded by don Domingo de San Antón Chimalpabín Quauhtlehuanitzin*, 2 vols., Norman, University of Oklahoma Press.
- Códice Cozcatzín*
 1994 en Ana Rita Valero de García Lascuráin (estudio y paleografía) y Rafael Tena (paleografía y trad.) México/Puebla, INAH/BUAP.
- Códice Florentino*
 1979 *El manuscrito 218-220 de la colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*, 3 vols., México, Giunti Barbera/AGN.
- Códice Laud*
 1994 en Ferdinand Anders y Maarten Jansen (eds.), *MS Laud Misc. 678, Bodleian Library Oxford*, México, ADV/FCE.
- Códice Magliabechiano*
 1996 *Libro de la vida. Texto explicativo del llamado Códice Magliabechiano*, Ferdinand Anders y Maarten Jansen (eds.), México, ADV/FCE.
- Códice Mendoza*
 1992 en Frances Berdan y Patricia R. Anawalt (eds.), 4 vols., Berkeley, University of California Press.
- Códice Telleriano-Remensis*
 1995 en Eloise Quiñones Keber (ed.), *Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, Austin, University of Texas Press.
- Códice Vaticano Latino 3738*
 1996 en Ferdinand Anders y Maarten Jansen (eds.), *Religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos. Libro explicativo del llamado Códice Vaticano A*, México, ADV/FCE.
- CORTÉS, Hernán
 1994 *Cartas de relación*, México, Porrúa.
- DAVIS, L. Irby
 1972 *A Field Guide to the Birds of Mexico and Central America*, Austin, University of Texas Press.
- DE LAS NAVAS, fray Francisco de
 1984 en René Acuña (ed.), *Calendario Índico de los indios del Mar Océano y de las partes de este nuevo mundo, hecho y verificado por el padre fray Francisco de las Navas, fraile*

- de la orden del señor San Francisco*, en *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*, México, IIA-UNAM, vol. 1, pp. 219-228.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
1982 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, CSIC/UNAM.
- DURÁN, fray Diego
1995 *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 vols., México, Conaculta.
- ELIZALDE MÉNDEZ, Israel
2013 “Informes semanales”, México, Proyecto Templo Mayor-INAH, documentos inéditos.
- ESPINOSA PINEDA, Gabriel
1996 *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, México, IIH-IA-UNAM.
- FEEST, Christian F.
1990 “Vienna’s Mexican Treasures: Aztec, Mixtec, and Tarascan Works from 16th Century Austrian Collections”, en *Archiv für Völkerkunde*, Viena, Museum für Völkerkunde, núm. 44, pp. 1-64.
- GARIBAY K., Ángel María
1964 *Poesía náhuatl*, vol. I, México, IIH-UNAM.
1965 *Poesía náhuatl*, vol. II, México, IIH-UNAM.
1968 *Poesía náhuatl*, vol. III, México, IIH-UNAM.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Carlos Javier
2011 *Xipe Tótec. Guerra y regeneración del maíz en la religión mexicana*, México, FCE/INAH.
- GRAULICH, Michel
1987 *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*, Bruselas, Académie Royale.
1999 *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, INI.
2001 “Atamalqualiztli, fiesta azteca del nacimiento de Cintéotl-Venus”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, IIH-UNAM, vol. 32, pp. 359-370.
- HANCOCK, James A., James A. KUSHLAN y M. Philip KAHL
1992 *Storks, Ibises, and Spoonbills of the World*, Londres, Academic Press.
- HERNÁNDEZ, Francisco
1959 *Historia natural de Nueva España*, en *Obras completas*, México, UNAM, vols. 2 y 3.
- HEYDEN, Doris
1976 “El simbolismo de las plumas rojas en el ritual prehispánico”, en *Boletín del INAH*, época II, México, INAH, núm. 18, pp. 15-22.
- HINOJOSA, J. Francisco, Ricardo RIVERA G. y Jacqueline Y. CARRILLO VILLENA
1994 “Rescate arqueológico realizado en el predio de la calle de República de Guatemala núm. 38, ‘Casa de las Ajaracas’ del centro histórico de la Ciudad de México”, México, PAU-INAH, informe técnico inédito.
- Historia de los mexicanos por sus pinturas*
1941 en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, Joaquín García Icazbalceta (ed.), México, Salvador Chávez Hayhoe, pp. 209-240.
- HOWELL, Steve N.G. y Sophie WEBB
2005 *A Guide to the Birds of Mexico and Northern Central America*, Oxford, Oxford University Press.
- KARTTUNEN, Frances
1983 *An Analytical Dictionary of Nahuatl*, Norman, University of Oklahoma Press.

- KORN, Melanie
 2012 “La coloración de las plumas de las aves”, en Sabine Haag *et al.* (coords.), *El penacho del México antiguo*, Altenstadt, ZKF Publishers, pp. 95-99.
- LESBRE, Patrick
 2008 “Recuerdo colonial de la realeza prehispánica: El uso de cerbatanas por los señores de Tezcoco”, en Guilhem Olivier (coord.), *Símbolos de poder en Mesoamérica*, México, IIH-UNAM, pp. 293-313.
- Leyenda de los Soles*
 1945 en Primo Feliciano Velázquez (ed. y trad.), *Códice Chimalpopoca*, México, IIH-UNAM, pp. 119-142.
 1992a en John Bierhorst (ed.), *Códice Chimalpopoca. The Text in Nahuatl with a Glossary and Grammatical Notes*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 85-100.
 1992b en John Bierhorst (ed.), *History and Mythology of the Aztecs. The Codex Chimalpopoca*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 139-162.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo
 2006 *La Casa de las Águilas: un ejemplo de la arquitectura religiosa de Tenochtitlan* (2 vols.), México, Harvard University/INAH/FCE.
 en prensa, “Under the Sign of the Sun: Eagle Feathers, Skins and Insignia in the World”, en Alessandra Russo, Gerhard Wolf y Diana Fane (coords.), *Images Take Flight. Feather Art in Mexico and Europe*, Múnich, Hirmer Verlag.
- LÓPEZ LUJÁN, Ximena CHÁVEZ BALDERAS, Belem ZÚÑIGA ARELLANO, Alejandra AGUIRRE MOLINA y Norma VALENTÍN MALDONADO
 2012 “Un portal al inframundo: Animales ofrendados al pie del Templo Mayor de Tenochtitlan”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, IIH-UNAM, vol. 44, pp. 9-40.
- MARTÍN DEL CAMPO, Rafael
 1940 “Ensayo de interpretación del libro undécimo de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. II. Las aves”, en *Anales del Instituto de Biología*, México, IB-UNAM, vol. 11, núm. 1, pp. 385-407.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo y Leonardo LÓPEZ LUJÁN
 2007 “La diosa Tlaltecuhli de la Casa de las Ajaracas y el rey Ahuítzotl”, en *Arqueología Mexicana*, México, INAH/Editorial Raíces, vol. XIV, núm. 83, pp. 22-29.
- Matrícula de Tributos*
 1991 en Víctor Castillo Farreras (ed.), México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- MOLINA, fray Alonso de
 1970 [1571] en Miguel León-Portilla (ed.), *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, México, Porrúa.
- MORENO GUZMÁN, María Olvido y Melanie KORN
 2012 “Construcción y técnicas”, en Sabine Haag *et al.* (coords.), *El penacho del México antiguo*, Altenstadt, ZKF Publishers, pp. 61-82.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego
 1984 “Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala”, en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*, México, IIA-UNAM, vol. 1.
- NAVARIJO ORNELAS, María de Lourdes
 2012 “Plumas: la materia prima”, en Sabine Haag *et al.* (coords.), *El penacho del México antiguo*, Altenstadt, ZKF Publishers, pp. 83-88.

- NIEDERBERGER BETTON, Christine
 1987 *Paléopaysages et archéologie pré-urbaine du bassin de Mexico*, 2 vols., México, CEMCA.
- OLIVIER, Guilhem
 2006 “The Sacred Bundles and the Coronation of the Aztec King in Mexico-Tenochtitlan”, en Julia Guernsey y F. Kent Reilly (coords.), *Sacred Bundles. Ritual Acts of Wrapping and Binding in Mesoamerica*, Barnardsville, Boundary End Archaeology Research Center, pp. 199-225.
 2007 “¿Modelos europeos o concepciones indígenas? El ejemplo de los animales en el libro XI del *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún”, en José Rubén Romero Galván y Pilar Máynez (coords.), *El universo de fray Bernardino de Sahagún. Pasado y presente. Coloquio 2005*, México, IIH-UNAM, pp. 125-139.
- OLKO, Justyna
 2005 *Turquoise Diadems and Staffs of Office. Elite Costume and Insignia of Power in Aztec and Early Colonial Mexico*, Varsovia, University of Warsaw.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del
 1898 *Descripción, historia y exposición del Códice Pictórico de los antiguos náhuas que se conserva en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París (antiguo Palais Bourbon)*, Florencia, Tipografía de Salvador Landi.
- PETERSON, Roger Tory y Edward L. CHALIF
 2008 *Aves de México. Guía de campo. Identificación de todas las especies encontradas en México, Guatemala, Belice y El Salvador*, México, Editorial Diana.
- QUEZADA RAMÍREZ, Osiris, Norma VALENTÍN MALDONADO y Amaranta ARGÜELLES ECHEVARRÍA
 2010 “Taxidermia y cautiverio de águilas en Tenochtitlan”, en *Arqueología Mexicana*, México, INAH/Editorial Raíces, núm. 105, pp. 18-23.
- Relaciones geográficas del siglo XVI: México*
 1986 René ACUÑA (ed.), vol. 2, México, IIA-UNAM.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de
 1950-1981 en Charles E. Dibble y Arthur J.O. Anderson (eds. y trads.), *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain, Fray Bernardino de Sahagún*, Santa Fe, The School of American Research/The University of Utah.
 1956 en Ángel María Garibay K. (ed.), *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 vols., México, Porrúa.
 1958 en Ángel María Garibay K. (ed. y trad.), *Veinte himnos sacros de los nabuas*, México, IIH-UNAM.
 1997 en Thelma Sullivan (ed. y trad.), *Primeros Memoriales*, completado, revisado y con adiciones de H.B. Nicholson, Arthur J. O. Anderson, Charles E. Dibble, Eloise Quiñones Keber y Wayne Ruwet, Norman, University of Oklahoma Press.
 2000 en Alfredo López Austin y Josefina García Quintana (eds.), *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 vols., México, Conaculta.
- SAUTRON-CHOMPRES, Marie
 2003 *Le chant lyrique en langue nahuatl des anciens Mexicains: la symbolique de la fleur et de l'oiseau*, París, L'Harmattan.
- SELER, Eduard
 1990-1998 [1902-1923] en Frank Comparato (ed.), *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, 6 vols., Culver City, Labyrinthos.

- SERNA, Jacinto de la
 1987 [1892] “Manual de ministros de Indios para el conocimiento de sus idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México”, en Fernando Benítez (ed.), *El alma encantada*, México, FCE, pp. 261-475.
- SOUSTELLE, Jacques
 1937 *La famille otomi-pame du Mexique central*, París, Institut d’Ethnologie.
- SPRAJC, Ivan
 2000 “Astronomical Aligments at the Temlo Mayor of Tenochtitlan, Mexico”, *Archeoastronomy*, vol. 31, núm. 25, pp. 511-540.
- STARR, Frederick
 1995 [1908] En Gloria Benuzillo Revah (trad.), *En el México indio*, México, Conaculta.
- STRESSER-PÉAN, Guy
 1948 “Les origines du volador et du comelagatoazte”, en *Actas del 28º Congreso Internacional de Americanistas*, París, Sociéte des Américanistes, pp. 327-334.
- TORQUEMADA, fray Juan de
 1975-1983 *Monarquía Indiana*, Miguel León-Portilla *et al.* (eds.), 7 vols., México, IIN-UNAM.
- VELÁZQUEZ, Adrián y María Eugenia MARÍN
 2006 “The Turquoise Mosaic Disc from Offering 99”, en Colin McEwan, Andrew Middleton, Caroline Cartwright y Rebecca Stacey (coords.), *Turquoise Mosaics from Mexico*, Londres, The British Museum Press, p. 61.
- VEYTIA, Mariano
 1994 *Los calendarios mexicanos*, México, Miguel Angel Porrúa.
- WILLUGHBY, Francis
 1678 *The Ornithology of Francis Willughby*, 3 vols., Londres, John Martyn.